

## **La compasión pervertida (1)**

*(Diario de Navarra, 3. 09. 2000)*

¿Que cómo hemos llegado a esta tragedia? Entre otras razones, por una principal: porque entre nosotros algunos han difundido demasiadas ideas falsas que otros muchos han consentido o incluso asimilado por no querer o por no saber replicarlas. “Los malentendidos conceptuales y la mala disposición para pensar yacen en la raíz de muchos terrorismos, así como de otros tipos de violencia”, escribe Hare. La condición básica de un régimen democrático es que haya demócratas, es decir, ciudadanos ilustrados. Pero aquí esa culpable miseria de ideas políticas ha originado hasta la perversión de los sentimientos morales más elementales. Unas y otros son a la vez productos y productores de la violencia política, tanto alientan el terrorismo como lo justifican.

### Tres hombres “buenos”

Para probarlo, entresaquemos textualmente de la prensa local del último mes las reflexiones de algunos hombres públicos de nuestra tierra. Primero, Patxi Zabaleta: “Ningún muerto nos es ajeno y el sufrimiento de todas y cada una de las víctimas nos afecta (...). Todos y cada uno de ellos merece un respeto”. No cabe distinguir entre ellos, porque “los muertos ya están juntos en el más allá, en ese lugar que hay o no hay, pero que es de igualación inexorable”. “Los cuatro restos carbonizados de los cuatro jóvenes, cuatro luchadores por sus ideas, aunque circularan con un mensaje de muerte, constituyen un tributo impagable y el dolor que nos causa su muerte se une al que también nos causa la muerte de José M<sup>a</sup> Corta...” (9 de Agosto).

Luego vino esa moción “tan arriesgada, tan audaz, casi una herejía viniendo de un partido como el PSN”, que presentó José Luis Uriz en el ayuntamiento de Villava, y que pedía “el respeto que merecen todas las víctimas de los últimos días (incluyendo los cuatro presuntos etarras muertos en Bilbao)...” (18 de Agosto). Por último, el sacerdote Rodolfo Izal escribió: “Igual que la utilización de la violencia no es monopolio de nadie, tampoco lo es el sufrimiento (...). Me duelen todas las víctimas (...) porque tan seres humanos, equivocados o no, son el subteniente de Berriozar como el empresario de Zumaia (...). Unos más y otros menos; pero todos somos víctimas y todos tenemos algo de culpabilidad (...). Tenemos la obligación histórica, moral y humana de poner fin a todo tipo de violencia” (20 de Agosto).

A lo mejor estas personas (y quizá algunos lectores) crean que esas palabras contienen equilibrio y apertura de miras, generosidad y afán de conciliación social. Todo lo contrario, derrochan ignorancia por los cuatro costados y arrastran consecuencias nefastas para todos. Y causa una pena y una vergüenza infinitas tener que explicar esto a hombres hechos y derechos.

### Las tapias de los muertos...y de los vivos

El primero de ellos reincide en su conocida doctrina de los “asesinos altruistas”, según la cual quienes luchan por sus ideas, aunque sean ideas de muerte para los demás, están ya sólo por eso justificados. Que nadie, pues, cuestione los intereses personales y políticos que se encierran bajo sus programas. Que nadie pregunte si tales ideas son razonables o insensatas, colectivamente beneficiosas o destructivas. En cuanto se arriesga y sobre todo cuando muere por esas ideas, pese a que también mate por ellas, tanto el criminal como su ideología criminal quedan inmediatamente redimidos. Matar y morir, ésa es la prueba suprema de la bondad del uno y de la verdad de la otra. Quien perpetró el Holocausto judío, firme creyente en la preeminencia de la raza aria y dispuesto a todo por ello, habría aplaudido la teoría.

“Haya o no haya un más allá -prosigue Zabaleta-, nadie puede separar la memoria de los muertos”. Se diría que la muerte ha borrado de ellos todo cuanto fueron y sólo les deja la común identidad de difuntos. Pero el caso es que conmemorar a los muertos es recordarles cuando eran vivos y estaban entre nosotros, por de pronto, como parientes, allegados o vecinos. Y en esta condición *privada*, hicieron esto o aquello, pensaban de una manera o la contraria, sufrieron por causa de unos e hicieron sufrir a otros. Pero cada uno de estos desaparecidos es sobre todo *de los suyos*, y de éstos depende guardar la memoria de su bien o su mal.

Sólo que aquí se habla de unos muertos en su condición de *conciudadanos* nuestros en vida. Lo que es más, nos referimos a muertos por la violencia política, a unos caídos a manos de otros por razones civiles. Entonces sí que esos muertos son *de todos*, porque han perecido en un conflicto que invoca el bienestar general y nos afecta a todos. Por eso mismo requieren una memoria y un juicio *públicos*. Y como juzgar es separar o discernir, no vale equiparar a los muertos porque no vale lo mismo la causa por la que mueren o por la que matan. En la guerra civil del 36, a la que Zabaleta se refiere, unos murieron en defensa de un gobierno legítimo y otros por secundar un levantamiento militar ilegítimo.

Unos y otros pudieron tal vez ser impulsados por la misma buena fe, a todos ellos sus deudos les lloraron más o menos por igual. Pero a sus descendientes, en tanto que ciudadanos, nos compete proclamar con fundamento que una causa fue justa y la otra injusta, y que sus combatientes no merecen la misma consideración civil.

Como tampoco la merecen hoy los muertos por ETA y los muertos de la propia ETA. Si nuestro abertzale iguala a ambas clases de muertos, es para así igualar el valor de sus respectivas convicciones y combates. Pero si comenzara por distinguir lo que políticamente pretendían los unos y los otros, tendrá que acabar distinguiendo también el muy distinto valor civil de unos y otros. Mientras no haga esto, salvará sólo a los muertos de su lado (que son los que iban a matar), infligirá un último escarnio a los muertos del otro y, por si fuera poco, alentará a los vivos a seguir matando. De suerte que meter a los muertos en el mismo saco, al margen del bien público que hicieran o del mal público que pudieran cometer o padecer, no es tener de ellos una memoria compartida: es echarlos a la fosa común del olvido. Otorgarles en apariencia un mismo respeto es, en realidad, una falta de respeto a los unos a costa del respeto a los otros.

Porque en un frente están los que imponen por las armas un proyecto totalitario sobre el resto; en el otro la mayoría que se resiste a esa pretensión inicua. Allá combaten quienes, por una bárbara lógica etnicista, excluyen a más de la mitad de los vascos de la ciudadanía vasca; acá figuramos cuantos, por encima de la pertenencia a presuntas etnias diferentes, nos reconocemos en nuestra igualdad de ciudadanos. Y no hay mayor desvergüenza que clamar por la equivalencia de los muertos cuando unos han perdido la vida a manos de quienes buscan exaltar su diferencia a sangre y fuego.

Zabaleta se propone derribar las tapias entre los muertos, pero no tiene reparos en que ETA y su propio partido sigan levantando tapias entre los vivos. Más aún, tan notorio moralista conoce que no hay ética capaz de ofrecernos criterios de valor para juzgar acerca de lo bueno y lo malo en mitad de esta tragedia, “porque las tapias, como la maldad, son cosas de la tierra, de nosotros, los vivientes”. O sea, minucias. Así que, al final, quien confesaba no saber si había un lugar más allá, remite al cielo la solución del problema: “No hay tapias insalvables ni en el cielo ni en los recuerdos”. Pero, si hay cielo, el ex-seminarista tal vez recuerde que la justicia eterna consistía en separar a las ovejas de los cabritos. Y, si no lo hay, razón de más para traer toda la justicia posible aquí y ahora.

Una ignorancia culpable

Dejemos al segundo político, pobre, que se regocija en considerar herejía para su partido político lo que sin duda es una herejía para la misma razón humana. Y vengamos al tercero, el eclesiástico, sin duda persona de estudios y larga experiencia pastoral.

Si el uso de la violencia no fuera patrimonio de nadie, si fuera entonces un recurso (¿un derecho?) de todos..., ¿ya sabe lo que dice? Dice que no habrá entre nosotros derechos ni deberes, ni seguridad ni propiedad, ni orden ni justicia, porque todo ello sólo es posible si acordamos renunciar a nuestra violencia privada para delegar en uno solo el recurso a la violencia pública. Ese uno es el Estado, que se define como la institución que ostenta el monopolio de la violencia *legítima*; y, para que su ejercicio sea asimismo legítimo, le exigimos que someta esa fuerza a la ley. Sin tal violencia, ni existiría sociedad alguna ni el Sr. Izal o yo mismo habríamos sobrevivido hasta la fecha. Gozamos de vida, bienes y libertades gracias a que los poderes públicos han amenazado en último término con la violencia legítima para defendernos frente a cualquier otra violencia. Por eso es otro error de parvulario sostener que “tenemos la obligación... de poner fin a *todo tipo de violencia*”. Tenemos la obligación de poner fin tan sólo a la violencia *ilegítima*, sea ésta la de un particular (cuando se toma la justicia por su mano) o la de un Estado (cuando se salta su propia ley o consagra una ley injusta).

Y ahora, respóndame el presbítero: ¿a quién corresponde hoy en Euskadi la violencia legítima y la violencia ilegítima? Recuerde que no se puede servir a dos señores y no emplee el clerical subterfugio de que todos los hombres, “equivocados o no”, son seres humanos. Trate de decir, por favor, quiénes y en qué y por qué están más equivocados que otros. No se escude en que, “unos más y otros menos”, todos somos víctimas, porque entonces aquí no hay víctimas de verdad ni, en consecuencia, tampoco verdugos. Y no me venga con que “todos tenemos algo de culpabilidad”, pues si todos somos culpables, entonces no hay culpables y aquí paz y después gloria. A estas alturas de nuestro desastre, es de suponer que ya distinguirá entre la culpa criminal de unos pocos, la culpa política de bastantes y la culpa moral de muchos más. Y me atrevo a aventurar que esta última culpa moral, la de haber consentido aquellos crímenes y la política que los justificaba, estriba precisamente en aferrarse por cobardía o por pereza a ideas como las tuyas.

